

## Hace una década: Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana, 1987

Soledad Bianchi

Casi mítico, referencia, hito mencionado, a diez años de distancia del “*Primer Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana*”, intentaré construir pistas que recorrerán los discursos del acto inaugural, indicios que hablarán de ese tiempo, agosto de 1987, pero que vislumbrados desde ahora, pueden convertirse todavía en señas que oscilan entre el balance y el asombro, la consulta y el juicio sobre el presente, en el ámbito de la escritura de mujeres.

Fueron cinco los discursos de inauguración: cinco presentaciones orales, de la misma cantidad de organizadoras: desde el inicio, me parece que el exceso apunta a las complicadas condiciones—y relaciones— en la producción de ese Congreso de hace una década<sup>1</sup>.

Fueron complicadas y dificultosas —¿y cómo no?, considerando el medio político y cultural— las condiciones, desde donde surgió la iniciativa, desde donde se convocaba y apelaba a acudir a un Chile en dictadura, a discutir públicamente, por primera vez en Chile, la “literatura femenina” —un tema polémico— que más que a armonizar llamaba a cuestionar (y no sólo aquello de “literatura femenina”), a interrogarse, y movía al debate, estimulando las preguntas más que las soluciones. Cuestionarse: actitud casi sospechosa en un medio habituado, entonces, a encontrar o, hasta diría: provocar —y casi exigir— afinidades entre los oponentes a la dictadura, manía que aún hoy nos agobia cuando en nombre del *consenso* se tienden a limar las diferencias, a homogeneizar, a concertar y a considerar poco fiables las voces des-ordenadas.

Pero en la complicación y dificultad que significó la idea del Congreso y su gestación está, también, uno de sus logros: un llamamiento de convocantes múltiples, y no sólo por ser varias, sino por la multiplicación de espacios: no se invitaba únicamente desde Chile y a chilenos/chilenas. El llamado se hacía desde aquí y desde Estados Unidos, representado por dos académicas chilenas —Lucía Guerra y Eliana Ortega— que enseñaban en universidades norteamericanas: ¿intento de legitimación?, ¿deseo de conferir un peso institucional a la contraparte chilena, independiente y autónoma por no estar adscrita, ni representar, instituciones, ni siquiera ONGs? La invitación era doblemente osada al proponerse, además, expandir nuestras fronteras geográficas por las residencias varias de los citados, dándole —también— una impronta latinoamericana, tan necesaria —entonces y en la actualidad— para quebrar nuestro durable aislamiento que tiende a romperse examinando con mayor atención a Estados Unidos o Europa que a nuestros vecinos.

Que la inauguración del Congreso se haya realizado en la sala La Comedia —espacio de acogida de un teatro casi paradigmáticamente disidente—, no parece un agregado banal a esta suerte de ambientación que apunta a instalar, a perfilar una mínima ubicación de este encuentro. Para entrar, ahora, a delinear trazos, recogiendo hilos que atraviesen los discursos en un recorrido de cercanías y distancias.

Con sus diferencias, las palabras de Carmen Berenguer, Diamela Eltit y Nelly Richard, se contactan: los énfasis señalan al mestizaje; al lenguaje y la escritura; a los mecanismos del poder y su dominación; a lo otro, es decir: a la diferencia que apunta a la mujer y su escritura como, también, a la pertenencia latinoamericana y la “doble desidentidad”, aludida por N. Richard: “la femenina y la latinoamericana” (p. 19); a la relación imitativa de la periferia hacia el centro: “en la paradoja de ser, –como dice D. Eltit–,... periferia y reducto, zona de proyectos, campo de tiro... inclinados como siervos ante el rubio sol metropolitano. Saturados de tecnología. Sin técnicos casi.” (p. 18). Y, así, se anudan, con distintos estilos, con mayor o menor seguridad (C. Berenguer comienza citando a la Mistral, como buscando un apoyo), las protestas, los guiños, las llamadas de atención hacia la–entonces–reciente literatura latinoamericana escrita por mujeres, hacia la diversidad, hacia “los rescates de las identidades interdictas por la violencia política, cultural e ideológica.” (C. B.), hacia la duda y el cuestionamiento, en oposición a las certezas; hacia el espacio autoritario en que el Congreso tiene lugar como un signo de cultura alternativa. Al hablar, la poeta y la narradora *se hablan* remitiendo–me parece– a las obsesiones de sus propias obras literarias (por ejemplo, la reiterada mención y referencia al *cuervo*, de D. Eltit: curiosamente, la única que lo alude). Por su lado, el texto de N. Richard (me) resulta el más polémico y polemizante –por cuestionador y crítico–y globalizador: las inquietudes planteadas superan, más de una vez, el hecho concreto del encuentro apuntando más allá y más acá e, incluso, varios de los problemas y conflictos presentados son vigentes en la actualidad: así, la ausencia de un espacio crítico; el apego de la crítica al canon y su, consiguiente, temor al riesgo de lo no establecido y sacramentado; las taras y limitaciones de cierta crítica académica; la pregunta sobre una posible “estética femenina”; cierta comprensión no reductiva ni esencialista de “lo ‘femenino’”: “más que como territorio marcado (reducción y reducto de la diferencia vigilada por mujeres), <que> opere aquí *para todos* como desborde y utopía.” (p. 22).

Algo divergentes me suenan los registros de los discursos restantes, mucho más apegados a lo literario, mientras los anteriores podían entenderse, más ampliamente, como culturales. Explicativas, siguiendo una cierta evolución histórica en la comprensión de las mujeres y de la escritura de ellas en Chile, oigo las palabras de L. Guerra: poco cuestionadoras, cercanas a una clase académica. Pienso que muchas de las interrogaciones lanzadas por Eliana Ortega no se han clausurado, y ella misma eligió mantenerlas abiertas, si bien al elegirlas, imagino ya una opción vacilante entre la impugnación y la respuesta. Apunto uno de los rasgos que me interesó en estos dos trabajos: el intento de contextualizar la escritura de mujeres, en Chile y en América Latina.

¿Dudas? Sí, no concuerdo con C. Berenguer cuando parece hablar del lenguaje como una entidad autónoma, separada de los sujetos. Así la entiendo cuando dice: “Es así que en este lugar ocupado y sitiado <que sería América Latina>, emergen en las antípodas de la opresión, aquellos lenguajes que no quieren negarse a ser y por el contrario, han querido hablar (romper el silencio) dando curso a los rescates de las identidades interdictas por la violencia política, cultural e ideológica. Y desde esos lugares del despojo y extramuros se expresan diversos códigos que han comenzado a rodear a aquellos discursos bastamente codificados y por lo mismo convertidos en estereotipos o clisés.”

Pero, en especial, mis interrogantes son dos, y si bien en apariencia podrían parecer laterales, también están relacionadas con el debate sobre nuestra escritura de mujeres latinoamericanas pues, de cierto modo, ayudan a ubicarlo y situarlo. Mis dudas refieren a la comprensión –algo simplificadora, siento– que C. Berenguer y D. Eltit, cada una por su lado y a su modo, hacen de la identidad (*mujer*, y *latinoamericana*) que, como dije, N. Richard llamaba “desidentidad” (y esto da material a una polémica), y de la relación centro-periferia o, si se quiere, de nuestra dependencia. Yo no creo que pueda hablarse de estadios o momentos puros, ni aquí ni allá (donde éstos se encuentren o hacia dónde apunten). Hablando con franqueza, diré que la música mapuche o unguilla-tún me resultan más exóticos que una canción de Elvis Presley, que un vals peruano, que las composiciones de Edith Piaf o Violeta Parra, para quedarme sólo en un ámbito. Y esto porque soy *mestiza*, pero mis mezclas no se limitan a lo indígena-español: pensemos, además, que en lo mapuche estaba, también, lo inca, y podríamos seguir. Pensemos que en la lucha de Lautaro subyacían tácticas y estrategias españolas. ¿Hay mejor comprensión del mestizaje que devorar el corazón de Valdivia para impregnarse de su coraje, como hicieron los mapuches? Claro, por mi parte, mis cruces corren y se ensanchan y fusionan entre lo indígena, lo europeo, lo norteamericano –y, en este caso, no por herencia biológica– y *todo, estrictamente todo* lo difundido por radio, periódicos, cine y, después, televisión, y los más recientes medios de comunicación de masas; añádase a la preparación anterior: mis lecturas, mis estudios, y casi podríamos llevar los *etcétera* hasta el infinito. Pero, ¿cómo lo verá el/la mapuche, vestido(a) con bluyines, de una reducción donde si no hay electricidad, oirá una radio a pilas? ¿Cómo, la pobladora, santiaguina o de otra ciudad, muchas veces llegada desde el campo o la provincia, espectadora frecuente de teleseries –más latinoamericanas que chilenas–, de películas, publicidades, y otros productos televisivos?

Pienso en Violeta Parra, y me parece que cuando su quehacer se vuelve más interesante y profundo es, justamente, cuando ella funde y unifica, al integrar elementos del folklore –que se había dedicado a rescatar– y lo personal. Así, da forma y deforma, estiliza, no respeta cánones, mezcla instrumentos, maltrata melodías, concretizando y haciendo suya una tradición renovada con el presente que es su vida que es, también, su pasado. De este modo, la cantante de temas ajenos no se separa de la compositora sino que esta se apropia y hace suyo todo un universo que la expresa mejor.

De cierto modo, esta mixtura la veo, asimismo, cuando pienso la dependencia que, yo no podría percibir al modo de C. Berenguer. Refiriéndose al centro y lo que ella llama “descensos”, señala: “los que sub producen y reproducen a su imagen la dominación *como mero reflejo de una mala copia edénica*, y resguardada a través de sus brazos armados en Latinoamérica...” (p. 14). Mi punto de vista abarca, asimismo, la(s) transformación(es), el cambio, la deformación, que se produce en el desplazamiento –que no creo “mero reflejo” o, si se quiere reflejo, no sería en un espejo sino, más bien, en el agua–. Y cuando D. Eltit apunta que “... continuamos en los días presentes inclinados como siervos ante el rubio sol metropolitano. Saturados de tecnología. Sin técnicos casi.”, no la puedo rebatir de plano, pero la suscribo con matices pues siento que siempre habrá un descalce y un acomodo de lo importado: pensemos en máquinas muy sofisticadas reparadas, hasta no hace mucho, con la pitilla nativa. Pensemos en

nuestro 'bricoleur' aborígen, el maestro chasquilla, que hubiera hecho feliz a Lévi-Strauss, por las mezclas, montajes y collages de su quehacer. Pensemos que el Mickey de Pomaire no es el mismo que el de Disneylandia, ni es el mismo que el molde chilensis de marca reproduce del ratón norteamericano. Pero yo no me reduzco a la tecnología que, seguramente, hoy habría que enfocar de otro modo porque puede que ya no resulte la compostura del alambrito por aquí, y el elástico por allá... Digo que yo no pienso sólo en la tecnología sino, también, en ideologías, teorías, pensamientos, reflexiones ajenas (extranjeras o "nacionales") que me interesan porque me otorgan instrumentos, me dan posibilidades de tener otra mirada, me descolocan pues me sitúan en un(os) lugar(es) diferente(s), incitándome a pensar desde otro ángulo que ya no es oriental, europeo o norteamericano, sino que, claro, es ése, pero filtrado por mí y mi historia, mi lenguaje, mi memoria. ¿Copia?, sí y no, si la comprendo como palimpsesto y no la limito a calco: hablo de modelos y no de moldes.

Creo, sin embargo, que cuando enfocan la escritura, en un intento de definirla, tanto Diamela como Carmen complican y entraman. Así, la primera cuando dice: "Hablar de procesos creativos literarios, significa instalarnos en el centro mismo de un oficio artesanal y cosmético, instalarnos en la artesanía cosmética de la modelación...", y cuando remite a la "escritura latinoamericana, habilitada para el modelaje, experta en cosmética..." (p. 19). Del mismo modo, cuando Carmen habla del "discurso de la alteridad" emitido por la mujer, o cuando nomina su discurso "nuestra habla de injerto", ¿no está diversificando una comprensión que pareció mecánica?

¿Más preguntas? No, ahora una afirmación: no me cabe duda que este "Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana" fue un impulso, un factor ineludible en el avance de los estudios de la mujer, aquí en Chile. Entre éstos: la incorporación del tema a las universidades; el Encuentro sobre Gabriela Mistral; el (re)conocimiento de poetisas y narradoras quienes sin llegar a constituir grupo, se posesionan de otra manera en el campo literario, tradicionalmente signado en masculino; la gestación de una crítica literaria/cultural feminista...

Casi termino, sin interpretaciones, pero llamando a mirar la fría Sociedad de Escritores de Chile y las gélidas, pero apasionadas reuniones preparativas del Congreso; a ojear el afiche (tres mujeres onas con sus cuerpos pintados); la portada del libro (una mujer indígena con un supuesto delantal de empleada doméstica), y el título de este "Primer Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana" que entre agosto de 1987 y la publicación del material allí presentado, en septiembre de 1990, abrevió su denominación, pero, sobre todo, me parecería importante revisar el calificativo de "literatura femenina".

Santiago, fines de 1997

**Nota:**

- 1 Mis citas están tomadas de: *Escribir en los bordes*. Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana 1987. C. Berenguer, E. Brito, D. Eltit, R. Olea, E. Ortega, N. Richard, (comp.). Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1990. Existe una 2ª ed. posterior, también de Cuarto Propio, donde la "Introducción", de E. Brito, fue reemplazada por otra, de N. Richard.